

EL AGOTAMIENTO DE UN PARADIGMA CIENTÍFICO
EN LA LINGÜÍSTICA MODERNA

JORGE PORCEL
University of Wisconsin-Madison

RESUMEN

Al menos desde la década de los años setenta hasta el presente, se ha venido manifestando un sentimiento creciente de insatisfacción con la teoría y la praxis que caracterizan las explicaciones de la lingüística moderna. Teoría y método —de acuerdo con la hipótesis que se adopta en este estudio— son el resultado de una cosmovisión que puede rastrearse hasta la llamada Revolución Científica del siglo XVII. Este ensayo ilumina algunas de las conexiones que se perciben entre dicha comprensión del mundo y el constructo «lenguaje» que emerge de la lingüística moderna, y argumenta que a medida que tal cosmovisión se percibe como inadecuada, asimismo se perciben los productos generados dentro de ella, tales como sus paradigmas científicos.

Palabras clave: lingüística general, ideologías lingüísticas, estructuralismo, generativismo, Revolución Científica, paradigma científico, análisis del discurso, discurso de la ciencia.

ABSTRACT

At least from the 1970s to the present, has become apparent a feeling of dissatisfaction with the theory and practice characterizing modern linguistics' explanations. Theory and method—I hypothesize—are a byproduct of a worldview that can be traced back to the so-called Scientific Revolution of the 17th century. This essay draws some of the connections between such a world intellection and the language construct emerging from modern linguistics. This essay also argues that the aforementioned feeling of dissatisfaction is the result of a growing perception that such a worldview is inadequate and, as it becomes challenged, so does its scientific paradigms.

Keywords: general linguistics, language ideologies, structuralism, generativism, Scientific Revolution, scientific paradigm, critical discourse analysis, scientific discourse.

I. INTRODUCCIÓN

It is often said that any coherence that may have existed in the Western scholarly tradition is long gone. Gone too, so the reasoning holds, is any hope for a broad, intelligible view of what is going on in this particular region of thought. The few remaining would-be generalists must skulk through a fragmented, fractious intellectual landscape picking their way on cat's feet through minefields laid down by increasingly specialized and insular disciplines, moving gingerly so as not to detonate the latest fashionable theory. Erosion, of a kind, is responsible for the dominant features of this landscape: a chasm between science and the humanities, now grown so wide and deep that it is often given up as unbridgeable. Actually, «given up» is a mild way of putting it. There are plenty of people who positively relish the distance, thankful of any opportunity to dismiss the other side, on guard always against any attempts at bridge building. (Harmon 2001, p. 53.)

Entre la viñeta caricaturesca y el distanciamiento cínico, la cita inicial ilustra lo que propongo interpretar como síntomas de agotamiento del «programa de investigación estructural-generativista» (abreviado PIEG) en lingüística. Todo «paradigma o programa de investigación»¹ emerge lleno de promesas, hasta que empiezan a cobrar visibilidad herejes y disidentes que no aceptan las premisas del programa. Así, donde unos percibieron orden y coherencia, otros comienzan a percibir confusión, insula-

¹ Un «paradigma científico» es un cuerpo de conceptos, valores y técnicas compartido y usado por una comunidad científica para definir problemas y soluciones legítimas dentro de un área de conocimiento. Consiste en leyes y postulados teóricos, su forma de aplicación a cierta gama de situaciones, las técnicas y el instrumental válidos en la investigación, y los principios metafísicos que guían el trabajo del científico (Kuhn 1962/1996). Usaré el concepto de «paradigma» de manera intercambiable con el de «programa de investigación» (Lakatos 1970/1974), del que rescato la noción de «núcleo» (*hard core*). El «núcleo» es el dogma metafísico sobre el que se construye la teoría. Éste se encuentra resguardado por el «cinturón de protección» (*protective belt*), el cual se encuentra integrado por las proposiciones que se someten a indagación, p. ej., hipótesis y preguntas de investigación. Así pues, son las proposiciones del cinturón de seguridad las que sufren refutaciones, modificaciones y sustituciones, a medida que se acumulan resultados y/o emergen cambios del foco de atención generados desde dentro o fuera del programa.

ridad, falta de coherencia intradisciplinaria. En 1924, Wolfgang Pauli, en dos de sus cartas privadas expresa patentemente tal conflicto:

- (1) At the moment, physics is again terribly confused. In any case, it is too difficult for me, and I wish I had been a movie comedian or something of the sort and had never heard of physics. (Kuhn 1962/1996, p. 84.)

Sólo cinco meses más tarde, Pauli escribe:

- (2) Heisenberg's type of mechanics has again given me hope and joy in life. To be sure, it does not supply the solution to the riddle, but I believe that it is again possible to march forward. (Kuhn 1962/1996, p. 84.)

La tesis general que sostengo es que bajo los síntomas de agotamiento del PIEG que vamos a discutir —fragmentación disciplinaria, desinterés por el componente humano del lenguaje y neutralidad axiológica— subyacen una serie de lastres importados de un modo de pensar el mundo y las ciencias que cobra visibilidad en el siglo xvii con la llamada Revolución Científica. Los éxitos alcanzados por este paradigma de investigación han colocado en el centro de atención de la lingüística moderna una lógica, una metodología y un discurso tomados de las ciencias duras; en particular, la racionalidad mecanicista-cuantitativa elaborada inicialmente por algunas de las figuras más destacadas de la Revolución Científica del xvii (p. ej., Descartes y Galileo).

Para ilustrar la trama de relaciones que propone la tesis anterior, se discutirán los tres síntomas de crisis antes mencionados, siguiendo la estructura argumentativa que trazaremos a continuación. Primeramente, se presenta y analiza la construcción del objeto de la lingüística necesariamente reificado desde la metáfora misma con que se piensa. En este contexto, se debate el carácter anti-holístico de la racionalidad mecanicista empleada para construir el «núcleo» del PIEG (para la noción de «núcleo», v. nota 1). Sobre esta conclusión, se identifican las consecuencias que derivan de esta construcción en el campo de la lingüística moderna —la percepción emergente de una disciplina fragmentada por la especialización y la incomunicación— y de sus unidades de análisis concebidas como *membra disiecta*. En segundo lugar, se analiza el discurso científico que desarrolla el PIEG para referirse a su objeto. Se trata de un discurso plagado de «marcadores de cientificidad», tanto en la forma como en el contenido. El análisis pro-

pone que la selección de tales marcadores deriva de la necesidad de legitimación dentro de un marco institucional que, a partir de la Revolución Científica, reorganiza el estatus de las disciplinas, asignando a las ciencias naturales y experimentales el lugar de modelo o prototipo de ciencia, en función de sus éxitos en la empresa de incrementar nuestro control de la naturaleza. En este contexto, el PIEG puede entenderse como un marco de pensamiento cuyo objetivo es la construcción de tecnologías más o menos sofisticadas para controlar el uso lingüístico. Finalmente, esta lógica de pensamiento y su discurso cientificista participan de una ideología latente que ignora el estatus ideológico de la praxis científica y sus productos —gramáticas, descripciones lingüísticas, etc.— resistiéndose a pensar el impacto que ellos tienen en la vida práctica. Tanto el discurso cientificista como su ideología reproducen la brecha entre las ciencias, por un lado, y las humanidades y la ideología por otro, que domina en el marco más amplio de la institución científica occidental. Esta construcción, más que un acto deliberado, es un epifenómeno resultante de la adopción de una racionalidad condicionada por el rol dominante de las ciencias duras.

II. LA REIFICACIÓN DEL OBJETO

Los fundamentos del discurso científico sobre los que se erige la lingüística del siglo xx se remontan a la filosofía mecanicista que emerge en el siglo xvii, en el marco de la llamada Revolución Científica. Para estudiar la gigantesca máquina del mundo, esta línea de pensamiento recurre a la metáfora del reloj, en la que todas las partes trabajan en conjunto para producir el movimiento final (Bowler y Morus 2005, p. 39). La estrategia que adoptan estos filósofos es la del «método analítico», codificado paradigmáticamente en *El discurso del método* (Descartes 1637/ 2001)². Una de las principales objeciones esgrimidas contra este método proviene del pensamiento «holístico»³ que le critica su incapacidad para percibir el carácter integral del todo.

² Dado que la mayoría de las citas provienen de traducciones, hemos decidido incluir, siempre que disponemos del dato, primero la fecha de la primera edición seguida de la de la edición citada.

³ El término «holismo», una adaptación reciente del vocablo griego *hólos* 'todo, ente-

La base racionalista-cartesiana del PIEG no es un descubrimiento reciente. Ha sido señalada en compendios críticos del pensamiento lingüístico (Arens 1969, p. 759; Manoliu 1977, cap. 1, esp. p. 60 ss.) y, más aún, reconocida explícitamente por varios de sus principales promotores, como en Chomsky (1966/1984) y Hjelmslev (1943/1984). Ambos mencionan explícitamente su deuda con la obra de Descartes. Hjelmslev, por ejemplo, argumenta que.

- (3) la teoría lingüística empieza por *limitar el alcance de su objeto*. Esta restricción es necesaria, pero sólo constituye una medida temporal y *no implica reducción del campo visual, ni eliminación alguna de factores esenciales* en la totalidad global que constituye el lenguaje. Únicamente implica una división de las dificultades que va de lo simple a lo complejo, en conformidad con la segunda y tercera regla de Descartes. (Hjelmslev 1943/1984, p. 35; énfasis añadidos.)

Una lectura atenta de la cita (3) revela que por debajo del tono expositivo, emerge otro, argumentativo, con el que el autor anticipa la crítica al método antes mencionada. Su razonamiento es que, al limitar el alcance del objeto de la lingüística, no se pierden de vista o eliminan factores esenciales en la totalidad global del lenguaje; sólo se trata de un método que facilita su acceso. Manoliu 1977, p. 82 (v. también Arens 1969, p. 754), suscribe esta posición, cuando exime de tal crítica al PIEG, señalando que la concepción holística está presente en el estructuralismo en función de sus conexiones con la «teoría general de sistemas», su énfasis en la noción de lengua como totalidad (o sistema), y en su estudio de las relaciones, antes que de las partes. En efecto, desde sus mismos inicios, si asumimos que simbólicamente el texto inaugural de la lingüística moder-

ro', se adjudica a Jan Smuts, a partir de su libro *Holism and evolution* (Smuts 1926). Mautner 1999 distingue tres acepciones ligeramente diferentes: «(1) The view that an account of the parts of a whole and of their interrelations is inadequate as an account of the whole. For example, an account of the parts of a watch and of their interactions would necessarily be incomplete as long as something is said of the action of a watch as a whole. (2) The view that an account or an interpretation of a part is impossible or at least inadequate without a reference to the whole to which it belongs. (3) *In environmental ethics*, the view that the entire ecosystem forms a unity and that all its parts are interdependent, often associated with the view that human interests do not have a privileged position».

na es el *Curso* de Saussure, se aprecia la insistencia en el carácter de totalidad de la lengua:

- (4) Pero ¿qué es la lengua? Para nosotros la lengua no se confunde con el lenguaje: la lengua no es más que una determinada *parte* del lenguaje, aunque *esencial* [...] Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios [...] no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad. La lengua por el contrario es una *totalidad en sí* y un principio de clasificación. (De Saussure 1916/1983, pp. 74-75; énfasis añadidos.)

Como se puede observar, existe una contradicción entre lo que he sostenido en la introducción y las afirmaciones de Hjelmslev (cita 3), Manoliu y Saussure (cita 4). Para presentar mi posición voy, primero, a elucidar el alcance del concepto de «totalidad» en el marco del PIEG, para luego señalar cómo la concepción antiholística se filtra en la teoría y la «praxis» de la lingüística moderna, instaurando lo que voy a denominar la tríada «fragmentación \Leftrightarrow especialización \Leftrightarrow incomunicación».

Partiendo de uno de los capítulos centrales del *Curso*, «El objeto de la lingüística», donde se establece el «núcleo» del programa de investigación (ver nota 1), Saussure analiza el circuito comunicativo empleando el método dicotómico de selección y descarte (interno vs. externo; psíquico vs. no psíquico; pasivo vs. activo), donde el primer término de cada par corresponde a la lengua, y por ende se retiene, mientras que el segundo se asigna al habla, y se descarta (Saussure 1916/1983, p. 77). Finalmente, concluye en la página siguiente:

- (5) Al separar la lengua del habla (*langue et parole*), se separa a la vez: 1.º lo que es social de lo que es individual; 2.º lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental. (Saussure 1916/1983, p. 78, paréntesis e itálicas en la traducción citada.)

El mismo método es aplicado por Chomsky para obtener la «competencia»:

We make a fundamental distinction between *competence* (the speaker-hearer's knowledge of his language) and *performance* (the actual use of language in concrete situations). (Chomsky 1965, p. 4.)

Pero en 1965, el PIEG se encuentra consolidado y su «núcleo» metafísico ampliamente aceptado, por lo que no requiere justificaciones:

This seems to me to have been the position of the founders of modern general linguistics, and no cogent reason for modifying it has been offered (Chomsky 1965, p. 3.)

Lo mismo cabe decir respecto del orden de importancia que se asigna al estudio de cada miembro de la dicotomía:⁴

- (6) There seems to be little reason to question the traditional view that investigation of performance will proceed *only so far* as understanding of underlying competence permits. (Chomsky 1965, p. 10; énfasis añadido.)

Estas aserciones teóricas pierden mucho de su mesura y parsimonia enunciativa tras su reinterpretación y redifusión, de donde emergen radicalizadas, y así sirven de indicadores reales de cómo al menos algunos lingüistas las asimilan, piensan, utilizan y difunden entre sus estudiantes: La analogía bio-ecológica con que Nique explica el proceso de construcción del objeto de la lingüística no parece retener la idea de que tal limitación es sólo temporal —como en las citas (3) y (6):

En realidad, todas las ciencias deben hacer abstracción de *ciertos parásitos* cuando explican el funcionamiento del mundo (Nique 1974/1982, p. 35, énfasis añadido.)

Bach, por su parte, conceptualiza la redefinición del término «totalidad» dejándonos ver que al limitar el alcance del objeto se produce un cambio de referente:

- (7) En gran parte de las obras lingüísticas de los últimos quince años, la pregunta «¿Qué es el lenguaje?» se ha substituido por la de «¿Cómo

⁴ El concepto de *competence* en Chomsky se obtiene a través de la misma estrategia metodológica. La principal diferencia entre *competence* y *langue* radica en un aspecto no esencial en el marco de esta discusión: Según Chomsky, la concepción de *langue* es estática en tanto se define como inventario de signos, mientras que la *competence* es dinámica porque funciona a partir de reglas generativas. (Cf. Chomsky 1965, pp. 3, 4; 1986.)

son las gramáticas correspondientes a las lenguas naturales?». (Bach 1974/1976, p. 49.)

Como se puede concluir de las concepciones propuestas por Nique y Bach, la porción del lenguaje que corresponde a *parole / performance* queda excluida del campo de visión, ya sea al compararla con un parásito o al igualar el lenguaje con su gramática, tal como se la concibe en este marco teórico.

Para apreciar, entonces, qué alcance se le otorga al término «totalidad», podemos resumir el «núcleo» metafísico del PIEG en las siguientes proposiciones: el lenguaje no existe sino como epifenómeno; para estudiarlo hay que aislar lo esencial de lo no esencial (los elementos distractores o parásitos vs. la gramática); este último componente sólo puede estudiarse a la luz de los progresos alcanzados en el estudio de lo esencial.

Las consecuencias de esta redefinición del objeto y su método de operar no son pocas ni triviales. Primero, aceptar el carácter holístico de la teoría lingüística en discusión requiere asumir que todo lo que no es lengua / competencia dentro del lenguaje —por ejemplo la interacción y el uso— es parte de lo «no esencial», una idea que ha venido recibiendo creciente oposición (cf. Bybee 2001, Langacker 1987). En segundo lugar, y en relación con el tema del holismo, al postular el carácter de totalidad en sí de la parte esencial del lenguaje (cita 4), se admite (consciente o inconscientemente) su autosuficiencia y con ello se desarticula la unidad todo-parte. En otros términos, aceptar que al definir la lengua no se ha desechado nada esencial en el proceso de construcción del objeto de la lingüística es, o bien olvidar que la totalidad de la que se partió fue el lenguaje del cual, según Saussure, la lengua es sólo una parte, o aceptar acríticamente el postulado metafísico de que la parte adquiere autonomía en virtud de su naturaleza esencial, por lo que, por ejemplo, la interacción y el uso no tendrían efectos relevantes sobre la estructura del objeto.

Además de las consideraciones teóricas y abstractas recién presentadas, aceptar tal autonomización del objeto supone adscribirse a un modo de operar que desencadena no pocas consecuencias concretas y prácticas, directamente relacionadas con el tema de la fragmentación. La misma metodología de construcción del objeto invita a abordar el estudio de la lengua en general —competencia vs. actuación, sincronía vs. diacronía, sintaxis vs. morfolo-

gía, etc.— y de sus unidades en particular —fonema, morfema, oración, etc.— en los términos de categorías discretas (cf. Martinet 1960/1984, pp. 32-35). En el plano del estudio de la lengua en general, tal concepción favorece la tríada fragmentación, especialización y falta de diálogo, ya sea por desinterés (dado que se trata de objetos que se elaboran a partir de referentes distintos) ya sea por mutuo analfabetismo teórico-terminológico —un tema al que volveré en la próxima sección— o por ambas cosas.

En el campo de las unidades de análisis, la concepción del sonido y el significado como entidades discretas (des)armables en elementos discretos de rango inferior / superior, fue paradigmáticamente desarrollada en la teoría del fonema como matriz de rasgos distintivos, a partir de la escuela de Praga (Jakobson 1939/1985; Jakobson y Halle 1973, Trubetzkoy 1939/1970), y en la semántica componencial formalizada por Katz y Fodor 1964/1976, ambas rechazadas desde distintos puntos de vista. En cuanto al fonema, Browman y Goldstein 1991, p. 318 observan que un sonido no es una suma de rasgos discretos, sino una totalidad integral, p. ej., una rutina articulatoria altamente coordinada, cuya representación se acerca más a la idea de un pentagrama musical con acordes, notas con diferente duración, ligados, etc., que con una matriz abstracta de rasgos inconexos e inordenados. En la teoría semántica, la base conceptual aristotélica que sustenta el análisis componencial, p. ej., rasgos diacríticos suficientes y necesarios para definir un concepto, ha sido reemplazada por teorías más flexibles que eliminan el componente discreto, como las teorías basadas en las nociones de *parecido de familia* y *prototipo*, o teorías pragmáticas de negociación del significado durante la interacción (Gumperz 1982; Taylor 1989). Como se puede observar, lo que requieren tales descripciones es una explicación holística que haga justicia a su naturaleza integral (Langacker 1987, pp. 19-20). El alcance de este modo de pensar no se limita a los casos citados, sino que penetra otros aspectos de la práctica lingüística, como son los juicios (categóricos de gramatical vs. no gramatical) que se supone subyacen a la competencia, o la llamada «falacia regla / lista», donde una explicación, categorización, análisis, función, etc., excluye otras (Bybee 2001, Langacker 1987, p. 28).

Resumiendo lo argumentado hasta aquí: (1) el programa estructural-generativo no está exento de la crítica mecanicista postulada desde el holismo; (2) propone una hipótesis extremadamente restrictiva acerca de la naturaleza del lenguaje y, finalmente, (3) su *modus operandi* conforme a la segunda

regla⁵ del método cartesiano (Descartes 1637/2001, p. 52), se filtra a través de los conceptos y subdisciplinas lingüísticas, sancionando la tríada fragmentación \Leftrightarrow especialización \Leftrightarrow incomunicación, como ya se ha argumentado y argumentará en la siguiente sección, en la que discutiremos cómo la limitación del objeto se traduce en fragmentación intradisciplinaria.

1.1. *Proliferación de parásitos*

Pese a su posición hegemónica, semejante a la del inglés como lengua internacional, y casi desde el momento mismo de su consolidación en la década de los sesenta, el campo intelectual dominado por la gramática generativo-transformacional (GGT) se caracterizó por la presencia de excrecencias, en la medida en que aparecían propuestas incompatibles con su núcleo metafísico. Lavandera 1992, p. 15 considera que la «autonomía de la sintaxis» supuso una reducción excesiva del objeto de estudio, que promovió el vertiginoso desarrollo de la sociolingüística, la etnolingüística, y el *boom* de la pragmática y del análisis del discurso en los años 70. Primero, durante los 60 se lanzaron propuestas complementarias, como la «competencia comunicativa» de Hymes, o las «reglas variables» de Labov, que trataban de incorporarse al proyecto generativo, como expansiones del núcleo. Pero los núcleos teóricos son recalitrantes y yuxtaponer aditivamente no hace sino poner en evidencia límites y falencias, lo que el proyecto no puede integrar sino como excrecencias.

Aunque en términos generales el denominador común de estas líneas de investigación era el estudio del «lenguaje en su contexto social», los desarrollos que emergieron también se caracterizaron por una tendencia hacia la especialización⁶ y la fragmentación del campo. Haarmann denuncia esta atomización intelectual en un número de áreas que, especializadas en temas puntuales y problemáticas específicas, llegan a ser concebidas como disciplinas independientes: etnolingüística, lenguas en contacto,

⁵ El Segundo precepto lógico que observa Descartes es «dividir cada una de las dificultades que examinare en cuantas partes fuere posible y en cuantas requiriese su mejor solución» (Descartes 1637/2001, p. 52).

⁶ El mismo Chomsky 1993, p. 15 señala que: «[s]pecialization is no proof of progress; it has often meant displacement of penetrating insights in favor of technical manipulation of little interest. That remains partially true today, in my opinion, though only partially».

multilingüismo, planificación lingüística, política lingüística, etc. Al mismo tiempo, en el interior de algunas de ellas, la fragmentación reaparece en aproximaciones que estudian los aspectos de la identidad de los sujetos en una mirada de factores y no en el contexto más amplio de la red de relaciones humanas (Haarmann 1986, pp. 1, 2). Como podemos ver, en los estudios sobre el componente social del lenguaje, Haarmann percibe un estado de cosas semejante al que expusimos en el párrafo anterior, en relación con la fragmentación de la disciplina en general y de sus unidades de análisis en particular. Así, fragmentación, especialización y falta de diálogo son los componentes de un triángulo dialéctico en mutua interacción. En la base de estas manifestaciones se encuentra una lógica que capta el mundo en categorías discretas, la cual se filtra y reaparece en múltiples niveles del campo de la lingüística. Así la estructura misma del campo intelectual vuelve imposible escapar a la percepción de fragmentación, ya que el PIEG funciona como programa central sobre el que se dibuja la estructura de la institución científica en su conjunto. Es decir, aún cuando varias disciplinas concretas superaran la atomización en su interior y ofrecieran puentes fluidos entre sí, la misma percepción se mantendría a través del rol central que continúa desempeñando el PIEG, que sólo puede discriminar lo que no puede integrar.

III. EL DISTANCIAMIENTO ENTRE CIENCIAS Y HUMANIDADES

La brecha entre las ciencias y las humanidades, y entre ciencias e ideología, son manifestaciones más específicas de la misma tríada que he venido discutiendo. Sin embargo, enfocan el problema desde líneas temáticas diferentes al crear un espacio para la dimensión humana y la ideología en las ciencias humanas.

La primera dificultad que presentan estos conceptos es terminológica: aparecen insertos en un complejo laberinto de redefiniciones técnicas y vernáculas, sedimentadas unas sobre otras, y con solapamientos y divergencias, intra- e inter-idiomáticas (cf. Williams 1983, p. 279). «Ciencia» mantuvo el significado general de *scientia* 'conocimiento', hasta el siglo XVII para designar el carácter metódico y teórico de una demostración. Sin embargo, dado el papel central que se le asigna a la experimentación en el contexto de la Revolución Científica, comienza a tímidamente a aflo-

rar la distinción entre conocimiento práctico y teórico, codificada en los conceptos de arte y ciencia, para diferenciar las ciencias experimentales o empíricas de los estudios humanísticos. En virtud de tal asociación, el adjetivo *científico*, en construcciones como *verdad científica* y *método científico*, designa prototípicamente los métodos y atributos de las ciencias naturales (Williams 1983, pp. 278-279). Así, dentro de la institución científica occidental actual, la física se ha constituido en el prototipo de ciencia, mientras que en la periferia se ubican, por ejemplo, los estudios literarios que pueden caer dentro o fuera del área de lo científico, según se le asigne al concepto una definición laxa o estricta.

Los éxitos de la física en los últimos trescientos años y, más recientemente, de la biología y la química, han producido una tensión dentro de la institución científica: por un lado, el significado de ciencia se ha ido identificando cada vez más con la idea de un método que garantiza objetividad, imparcialidad, confiabilidad. Por otro lado, en virtud del alto valor que se asocia con tales conceptos en el campo intelectual contemporáneo, se ha producido una inflación del término, a medida que un mayor número de disciplinas reclama tal calificativo, p. ej. ciencias políticas, ciencias de la educación, ciencias de la administración, etc. (Chalmers 1999, p. xix). Producto de esta presión creciente en la segunda mitad del siglo xx, el término «lingüista» ha incorporado el significado de profesional que «se dedica a construir modelos formales de competencia lingüística» (Newmeyer y Emonds 1976, p. 36). Esta tendencia no ha cambiado con los últimos desarrollos del PIEG, ahora denominado «programa minimalista». Por ejemplo, Palmieri-Piattelli describe los intereses del programa de la siguiente manera:

- (8) Strange as it might sound, generative grammar does not deal primarily and directly with languages as such (English, Chinese, Swahili, Tagalog, what have you) but, first and foremost, with naturally occurring individual computations of abstract structures that underlie the audible (or, in the case of sign languages, visible) expressions of those languages. (Palmieri-Piattelli 1998, p. xxiii.)

Por su parte, «humanidades» designa

- (9) the study of man as a cultural being, in contrast to man as a physical and biological entity. Often thought to involve understanding and in-

terpretation of a kind *distinct from* observation and explanation in the sciences. (Mautner 1999, énfasis añadido).

Su impronta inicial se remonta al movimiento de la Europa renacentista hoy conocido como «humanismo», que surge como oposición ideológica tanto a los que proponían una visión naturalista del mundo, como a los filósofos cristianos (Mermall 1978, p. 42). Así, Bacon opone a la filosofía divina y la filosofía natural, la filosofía humana o *Humanitas* entonces equivalente a los estudios clásicos (Williams 1983). Desde el siglo XVIII la forma francesa *les humanités* se extiende para designar el estudio de la filosofía, la historia, el lenguaje y la literatura (Mautner 1999; Williams 1983).

Por último, las ideologías son sistemas de creencias sobre los que se fundamenta la cognición social. Se trata de

- (10) creencias compartidas socialmente y que se asocian a las propiedades características de un grupo, como la identidad, posición en la sociedad, intereses y objetivos, relaciones con otros grupos, reproducción y medio natural. (van Dijk 2003, p. 20.)

La distancia a la que la ciencia quisiera mantener la ideología emerge a partir de los atributos centrales del primer término —objetividad, imparcialidad, confiabilidad— en contraste directo con los atributos del segundo, propuestos en la cita (10).

Alegar un distanciamiento que ya existe en el origen mismo de los conceptos no parece muy iluminador. Sin embargo, lo relevante es mostrar que estas dicotomías se filtran dentro del campo de la lingüística, reproduciendo la misma tensión que afecta a la institución en su totalidad. Para considerar tal brecha entre ciencias y humanidades dentro de la lingüística moderna voy a detenerme en dos estrategias que afloran en los textos del PIEG: (1) la constitución de un «lenguaje científico», mediante la introducción de «marcadores de científicidad»; (2) la práctica lingüística al estilo de Galileo impulsada por la GGT en la forma de modelos sucesivos. Estos indicadores ilustran la considerable cantidad de esfuerzo que invierte el PIEG para legitimar su estatus de científico, en un campo intelectual donde no sólo la ciencia se opone a las humanidades, sino que el significado de aquélla se encuentra reducido al prototipo de las ciencias «duras». El tema

de la escisión entre ciencia e ideología será tratado en la sección titulada IV, «la neutralidad de una ciencia sin ideología».

3.1. *Marcadores de cientificidad*

En el proceso de convertirse en ciencias autónomas, las ciencias humanas tuvieron, primero, que deslindarse de la tradición filosófica dualista que subordinaba el estudio de la mente y las interacciones sociales a la filosofía, la moral, la teología. Más tarde, en el siglo XIX tuvieron que refutar el reduccionismo biologicista que remitía toda explicación de los fenómenos mentales a las ciencias de la vida y, en última instancia, a los procesos subyacentes de naturaleza física y/o química (Bowler y Morus 2005, p. 299). Los lingüistas que, en la primera mitad del siglo XX, dedicaron su esfuerzo a autonomizar la disciplina a través de la construcción de un objeto que delimita un perfil propio de investigación,⁷ lo hicieron a partir de una lógica de confrontación, que se codifica en un lenguaje ríspido, radical en forma y contenido. En el plano del contenido, la forma intransigente no sólo se niega a negociar con la tradición lingüística pasada, sino que la deslegitima, proponiendo demoler y re-edificar la disciplina sobre nuevos fundamentos. Hjelmslev, uno de los lingüistas más comprometidos con la construcción de este nuevo discurso, argumenta en un texto temprano:

- (11) Es deber del lingüista investigar la posibilidad de crear una gramática científica. Se ha visto que la Gramática no es necesariamente de índole lingüística. Al contrario: la Gramática que hasta aquí conocemos, ha sido durante muchísimo tiempo una gramática filosófica, esto es lógica o psicológica, no propiamente lingüística. (Hjelmslev 1928/1976, p. 762.)

Esta exigencia de un espacio autónomo —en un campo intelectual donde el modelo de ciencia lo constituyen las ciencias duras— se hace, no sorprendentemente, en nombre de la ciencia, por lo que automática-

⁷ Recuérdese que «[l]ejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto, y, además, nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión sea anterior o superior a las otras» (de Saussure 1916/1983, p. 31).

mente la tradición y el método discursivo anteriores caen en la categoría de lo no científico:

- (12) La gramática general es una *ciencia nueva*. No tiene aún ni principio constante ni método probado. Una teoría gramatical es aún *inexistente*. [...] Encadenada por una tradición fuerte, e inveterada, que busca, desde hace miles de años, rodearla en un sistema de principios apriorísticos e incontrolables, la gramática debe, para constituirse *científicamente*, descender hasta los últimos fundamentos y asentar profundamente sus bases. (Hjemslev 1928/1976, pp. 7-8, énfasis añadidos.)

La autoconciencia del carácter extremo de estas afirmaciones se pone en evidencia cuando, en el subsiguiente párrafo, intenta conciliar su discurso con el sentido común, desautorizando, en lo posible, la tradición pasada a través de la inserción de elementos léxicos concesivos y cuantificadores, mitigadores de la fuerza asertiva: «Es verdad que existe ya desde hace tiempo una gramática, e incluso que ha hecho ciertos progresos» (Hjemslev 1928/1976, p. 8). La incongruencia de estas dos afirmaciones permite desmontar la estrategia de construcción de una nueva identidad, dirigida a legitimar el núcleo del PIEG, donde sólo se le confiere estatus científico a los estudios de la lengua, y el calificativo de no científico se extiende al resto del lenguaje. Estas observaciones, no obstante, no excluyen la existencia de una buena cuota de convicción y reafirmación de creencias en el origen del discurso. Kuhn 1962/1996 describe la adscripción a un nuevo paradigma en los términos de una conversión religiosa o una reestructuración «gestáltica». A partir de las nuevas conexiones que afloran al reorganizar el discurso, emerge la creencia tácita de estar caminando por el sendero de la verdad.

Otro rasgo de contenido que adopta esta forma discursiva es la profusión de referencias a investigaciones, descubrimientos y métodos empleados por las ciencias duras. Éstas no deben tomarse por elementos periféricos, accidentales, o mera floritura estilística del discurso del PIEG. Pese a la apariencia superficial de empleos con fines diversos, la visión de conjunto denuncia una ansiedad de reconocimiento y acercamiento al estatus de las ciencias duras. A veces se estipula la comunidad de métodos: «El lingüista, como el *físico* o el *biólogo*, puede alcanzar entendimiento *científico sólo* mediante la construcción de un *modelo* del sistema...» (Katz

1964/1978, p. 211, énfasis añadidos); otras, la paridad en términos de objetos de estudio: «*Physicists and biologists* often assume that linguistics is, by its very nature, destined to be the study of a class of behaviors, namely, ‘communicative’ behaviors» (Piatelli-Palmarini 1998, p. xxii -énfasis añadidos; comillas simples en el original); otras, el ansia de diálogo y reconocimiento:

- (13) Alas, these considerations do not always manage to impress the hard scientist, and sometimes, at exactly this point, the patience of our interlocutor is irretrievably lost, and real-life dialogue between the physicist, or the biologist, and the linguist terminates abruptly. (Palmarini-Piatelli 1998, p. xxv.)

La mención casi constante de las mismas disciplinas busca insistentemente una alineación con éstas, atrayendo un halo de cientificismo al PIEG. La importancia de este componente retórico se observa en el esfuerzo que se invierte al proponer conexiones imaginarias, o al menos, altamente especulativas, como la siguiente:

- (14) Una de las dificultades de las ciencias psicológicas estriba en la familiaridad de los fenómenos de los que tratan. [...] Wolfgang Köhler, por ejemplo, sugiere que los psicólogos no exploran ‘regiones enteramente nuevas’ a la manera de las ciencias naturales ‘porque, simplemente, el ser humano estaba familiarizado prácticamente con la totalidad de las regiones de la vida mental mucho antes de que se fundase la psicología científica [...]’ Los descubrimientos más elementales de la física clásica tienen la propiedad de originar una cierta conmoción —el hombre no posee ninguna intuición sobre órbitas elípticas o sobre la constante de gravitación. (Chomsky 1970/1974, p. 265.)

Esta fascinación del PIEG con las ciencias duras y sus dispositivos de expresión es otro legado de la revolución científica del xvii. Es en este marco en el que comienzan a afirmar Galileo y Bacon, entre otros, que el lenguaje más cercano a la naturaleza es el de las matemáticas (Bowler y Morus 2005, pp. 40, 42). En el PIEG no sólo asistimos a la deleitación con el lenguaje matemático introducido a través de un metalenguaje de fórmulas y notaciones sígnicas, sino con la forma enunciativa que adopta el lenguaje natural que acompaña a dicho lenguaje. Así, el discurso lin-

güístico incorpora a la vez lenguaje matemático y el metalenguaje que lo sostiene, lo explica y lo razona. Bloomfield 1926, p. 8 constituye, sin duda, un ejemplo temprano, clásico e influyente, de la adopción de un código formal pseudo-matemático, y del estilo de su metalenguaje. Ellos serán retomados y desarrollados como clave de identidad y marcadores de científicidad por la nueva ciencia del lenguaje.

- (15) The method of postulates (that is, assumptions or axioms) and definitions is fully adequate to mathematics; as for other sciences, the more complex their subject matter, the less amenable they are to this method [...] Nevertheless the postulational method can further the study of language, because it forces us to state explicitly whatever we assume, to define our terms. (Bloomfield 1926, p. 8.)

Dado que el mismo rigor conceptual perseguido por Hjelmslev, Bloomfield y Harris, entre otros, podría haberse logrado recurriendo a otras prácticas discursivas, es lícito pensar que este sabor científicista que se incorpora desde los inicios mismos de la lingüística moderna es, como se viene argumentando, parte de una racionalidad y una estrategia para legitimar el estatus científico del PIEG, en un campo intelectual en el que el modelo de ciencia se importa de las ciencias duras. Sin embargo, no debe perderse de vista que, en términos de visibilidad, el conjunto de estrategias adoptadas por el PIEG es uno de los promotores de la relativa centralidad que alcanza la lingüística en el siglo xx, en relación con otras ciencias humanas. Probablemente, esta visibilidad no hubiera sido posible con otro tipo de discurso, en virtud del prestigio de las ciencias duras y las asociaciones que gravitan dentro del imaginario de lo científico en el campo intelectual contemporáneo. No obstante, esto se consigue al precio de disminuir considerablemente la complejidad del lenguaje, como señala Bloomfield en la cita (8). Así, a través de este nuevo discurso metodológico y conceptualmente severo, la lingüística moderna nos entrega como señala Denison:

- (16) [a] hard-headed, unsentimental, value-neutral approach to development in language and languages, which, it must be granted, performed a very useful service as a corrective to the normative, prescriptive and overly subjectively evaluative attitudes of prescientific linguistics. (Denison 2001, p. 77.)

Riguroso y carente de empatía son, tal vez, calificativos apropiados pero el de «neutralidad de valores» parece discutible —un tema que será expandido en la sección subsiguiente—. Esta forma discursiva importada de las ciencias duras no sólo ha funcionado como un rasgo estilístico disparador de asociaciones de rigurosidad intelectual, sino que se ha convertido en *gatekeeper* o barrera de acceso para aquellos discursos que no se conforman a tal norma, arrojando sobre ellos una especie de estigma deslegitimador. Hagège comenta el temor con que un lingüista, William Wellmers, «alega su edad para que se le perdonen enunciaciones poco conformes con la nueva ortodoxia, añadiendo que [...] podrían interpretarse dentro del marco de la misma», o cuando Haugen, «que afronta el problema concreto de la supervivencia de una cultura inmersa en un medio anglófono [...] aconseja a los más jóvenes que moderen su dogmatismo y no echen en olvido lo que deben a los trabajos de los más antiguos» (Hagège 1976/1981, pp. 13-14).

3.2. *Lingüística* al estilo de Galileo

Otra innovación en el intento de acercar el estudio del lenguaje al modelo de las ciencias duras y, consecuentemente, fomentar la distancia con las humanidades, se relaciona con «lo que Husserl denominó ‘el estilo de Galileo’ en la física, o sea, ‘elaborar modelos matemáticos abstractos del universo, a los cuales los físicos atribuyen por lo menos un grado de realidad más alto que el que atribuyen al mundo ordinario de los sentidos» (Chomsky 1980/1983, p. 17). Con el advenimiento del neo-cartesianismo chomskiano, se introduce la metáfora del autómeta (Chomsky 1957/1987, p. 26, 1995, pp. 6, 225 ss.; Jackendoff 2002, cap. 2) para imaginar, describir y explicar la estructura del lenguaje, de la mano de la noción de modelo como dispositivo metodológico para poner a prueba el conjunto de conjeturas o hipótesis formalizadas en el modelo y someterlas a escrutinio sistemático para refutarlas o falsearlas. Sin embargo, desde los orígenes del método,

- (17) ...what the status of mathematical descriptions of the natural world was remained the subject of dispute [...] It did not escape critics' attention, for example, that Galileo's law of falling bodies did not hold true in the real world, but only in a mathematically idealized one. To over-

come this, Galileo had to argue that it was actually his idealized, frictionless mathematical model rather than the messy reality, that somehow properly captured the essence of the phenomena. Natural philosophers worried about just what kind of epistemological status [...] should be accorded to the results of mathematical arguments concerning the operation of the natural world. (Bowler y Morus 2005, p. 42.)

Siglos después, los epistemólogos se hacen todavía la misma pregunta, como, por ejemplo, Badiou 1968, p. 18, quien señala que todo conocimiento que emerge de un modelo presenta automáticamente un conflicto epistemológico. El «estilo galileano» moderniza el núcleo del PIEG con la impronta de la cibernética, en boga en los días de infancia de la GGT, incorporando la metáfora del autómatas como mecanismo operativo para evaluar la capacidad generativa del modelo. La heurística del autómatas-modelo introduce un modo ciego de proceder que permite percibir los límites del modelo, los cuales se corrigen mediante mecanismos que, nuevamente, se ponen a prueba hasta alcanzar un estado isomórfico entre los productos del autómatas-modelo (*outputs*) y los datos considerados. Como procedimiento heurístico, se trata de un método tan válido como cualquier artefacto de manipulación de datos. Como metáfora del funcionamiento de las lenguas naturales ha llevado a un buen número de hipótesis tan antiintuitivas que, en retrospectiva, cuesta entender cómo es posible que seriamente se escribiera, discutiera agitadamente, y publicaran artículos sobre las diversas etapas que afectaban al componente transformacional —*pre-ciclo, ciclo, post-ciclo*; la función de filtro llevada a cabo por las transformaciones; la ordenación o no de ciertas reglas; el desplazamiento de reglas de un componente a otro —como en el caso de las nominalizaciones o de las reglas recursivas o de la construcción pasiva— y la lista podría extenderse. Sin embargo, como en el caso de muchas de las críticas a posteriori, la presente contiene cierto grado de injusto anacronismo. Entender que algunas de las mentes más brillantes de la lingüística actual (Chomsky, Lakoff, McCawley, Ross, etc.) participaran en este juego intelectual es consecuencia de un sistema de creencias en el que la brecha entre ciencia y humanidades se encuentra legitimada fuera, y reinstaurada dentro, de la lingüística. No obstante, los desarrollos más recientes del PIEG no parecen intentar reducir sino incrementar tal distancia: «the Minimalist turn makes linguistic theory resemble, *strangely*

enough, more the theories we encounter in physics than the ones we encounter in biology» (Piattelli-Palmarini 1998, p. xxi, énfasis añadido).

En este punto de la argumentación parece pertinente introducir dos preguntas: si la disciplina adoptó el modelo de las ciencias duras en virtud de sus éxitos, (1) ¿cuánto ha reflexionado acerca del precio de adoptar tal dirección? y, (2) ¿cuán válida resulta tal transferencia?

Mientras que los éxitos de las ciencias duras con su «estilo galileano» han sido tan proclamados y divulgados que han llegado a ser parte de nuestra cosmovisión, de nuestros códigos axiológicos y del sentido de progreso y superioridad del hombre occidental, al polo negativo de esta cuestión no se le ha dedicado, ni remotamente, la misma cantidad de atención:

- (18) Galileo's program offers us a dead world: Out go sight, sound, taste, touch, and smell, and along with them have science gone esthetic and ethical sensibility, values, quality, soul, consciousness, spirit. Experience as such is cast out of the realm of scientific discourse. Hardly anything has changed our world more during the past two hundred years than Galileo's audacious program. We have to destroy the world in theory before we could destroy it in practice (R.D. Laing en Capra 1996, p. 19.)

Recientemente, la metáfora del ordenador electrónico —manipulación de símbolos asemánticos (*inputs*), constreñidos por las reglas o principios del componente computacional, las cuales sólo toman en cuenta propiedades o rasgos formales y generan cadenas gramaticales de símbolos (*outputs*) (Chomsky 1957, 1965, 1995)— para pensar la actividad lingüístico-cognitiva ha sido rechazada (Capra 1996, Lakoff y Johnson 1999, Maturana y Varela 1987, entre otros). Todos ellos coinciden en que el autómatas no es una metáfora apropiada para entender la cognición humana, porque el sistema nervioso no procesa elementos discretos de información precodificados. El sistema cognitivo, esto es, todos los aspectos del pensamiento y el lenguaje, incluidos la fonología, la gramática, el lexicón mental y otros sistemas conceptuales interactúan con el entorno continuamente, modelando su estructura (Capra 1996, p. 68; Lakoff y Johnson 1999, p. 11). Igualmente, la dicotomía competencia-actuación, ha sido rechazada en el campo de los estudios cognitivos (Capra 1996, p. 68), porque en el mejor de los casos comporta la tentación de pensar en términos de la aporía *mente / cuerpo*, mientras que en el peor de los casos directamente la propone. La inteligencia humana, la memoria, la toma de decisio-

nes, las elecciones del hablante no son procesos objetivos sino que se encuentran fuertemente impregnados por las emociones que emergen de la experiencia (Capra 1996, Lakoff y Johnson 1999). El pensamiento humano viene siempre acompañado por sensaciones corporales, lo mismo que la cognición humana se encuentra mediada por cualidades humanas como la empatía, el respeto, el amor, la comprensión, etc. (Capra 1996, p. 68). Para ponerlo en los términos de Lakoff y Johnson 1999, pensamos con nuestro cuerpo, algo completamente ajeno a los ordenadores.

IV. LA NEUTRALIDAD DE UNA CIENCIA SIN IDEOLOGÍA

Al excluir lo corporal, lo afectivo y lo ideológico, la construcción discursiva rigurosa y aseptica de un mundo sin vida persigue, además del efecto de cientificidad mencionado, un efecto ideológico: neutralidad de valores, ausencia de ideología subyacente. Tal ficción se encuentra condicionada por un campo intelectual que también concibe la diferencia entre ciencia (objetiva, basada en hechos) e ideología (subjetiva, fundada sobre opiniones) en términos dicotómicos. Sin embargo, dado que la ciencia no se basa en hechos reales sino en las proposiciones que conceptualizan las observaciones de los hechos, el imperativo de una ciencia abstracta, objetiva, basada en hechos, es una quimera (Capra 1996, Chalmers 1999, Corneille 1976/1979, pp. 405 ss.). Aunque en la institución educativa se nos ha educado para pensar que existe una línea que separa la ciencia de la ideología, y más aún, que tal separación es deseable, existen numerosos casos que prueban que la práctica científica no es una actividad ni desinteresada ni carente de ideología —no sólo en el plano microsocia donde los sujetos concretos se encuentran condicionados por el mercado laboral, el deseo de reconocimiento, las ambiciones personales, las rivalidades, las lealtades, los sistemas de creencias, etc.— La historia muestra abundantes casos en los que el motor de una práctica lingüística responde a orientaciones ideológico-políticas cuyo objetivo es producir tecnologías de control macrosocia en la forma de gramáticas y/o descripciones lingüísticas. Uno de los ejemplos más citados es la escritura de la primera gramática romance por Antonio Nebrija 1492/1980, p. 97 con propósitos declaradamente imperialistas. Otros son: el impulso de la germanística tradicional del XIX, cuyo fin era legitimar históricamente la erección im-

perialista del Estado Alemán (Eisenberg y Haberland 1976, p. 52); la investigación lingüística desarrollada por los misioneros, o con fines misionales por el *Summer Language Institute* (Mühlshausler 1996; Eisenberg y Haberland 1976); el proyecto de la Universidad de Yale a cargo de Bernard Bloch, en conexión con el *Army Specialized Training Program*, para investigar e impartir el japonés, iniciado inmediatamente después del ataque a Pearl Harbor; el apoyo económico que recibe la lingüística a partir de la Segunda Guerra Mundial, en función del papel central que el gobierno de los Estados Unidos pasa a ocupar en el plano de las relaciones internacionales, el cual se encuentra documentado en Newmeyer y Emonds 1976; el interés en la traducción mecánica, por parte de la fuerza aérea, que derivó fondos al proyecto generativo-transformacional durante sus años iniciales (Eisenberg y Haberland 1976; Newmeyer y Emonds 1976).

Concediendo que fuera posible destilar la parte ideológica y quedarnos con el pensamiento científico-lingüístico puro, todavía cabe preguntarse si, en vista de la lista de ejemplos anteriores, es pertinente mantener dicha separación. Proclamar tal principio en virtud de la necesidad de libertad y neutralidad de la ciencia es, en el mejor de los casos una posición *naïve*, cuando las fuentes de financiamiento se encuentran controladas por los intereses políticos, al punto que Newmeyer y Emonds opinan que

- (19) la fuente de financiación de la mayor parte de los proyectos lingüísticos es en parte responsable de las direcciones tomadas en estos proyectos y de las conclusiones a las que se llegan. (Newmeyer y Emonds 1976, p. 30.)

Como agudamente observan estos autores: «Efectivamente, Chomsky es un genio, pero no todos los genios están financiados» (Newmeyer y Emonds 1976, p. 30). La veracidad de las afirmaciones precedentes, sobre los móviles que subyacen a las fuentes de financiación de los programas de investigación lingüística, se corrobora con las palabras del Director Ejecutivo del *American Council of Learned Societies*, Mortimer Graves, en la segunda mesa redonda de la Universidad de Georgetown:

- (20) La tercera guerra mundial ha empezado ya y no hay seguridad de que se haya ganado ya. A pesar de que esta guerra es una guerra del espíritu de los hombres, no existe una plana conjunta de oficiales que pla-

nifique tal guerra, ni una autoridad de producción bélica que se encargue del material para tal guerra. Estos problemas están en nuestra sociedad, dejados en su totalidad en manos de la iniciativa privada en la forma que vemos en el Instituto de Lenguas de Georgetown.

En esta guerra del espíritu de los hombres, los grandes fusiles de nuestro armamento son, obviamente, la capacidad en lenguas y en lingüística. (Newmeyer y Emonds, p. 15.)

CONCLUSIÓN

Volviendo sobre una de las preguntas iniciales, ¿estamos asistiendo al agotamiento y la crisis de un paradigma de investigación? La argumentación desarrollada en este artículo propone que sí. La promesa que subyace al paradigma de explicar la totalidad del lenguaje concentrándose en el análisis de su esencia ha sido puesta en duda por excluir

- (21) a) ... terrenos legítimos de estudio; b) por su incapacidad de abarcar fenómenos estrictamente lingüísticos; c) y porque esta incapacidad surge precisamente de la consideración excesivamente formalista y aislada de la actividad lingüística, que es esencialmente social. (Manteca 1976, p. 5.)

De completo acuerdo con la cita anterior, la argumentación presentada en este artículo propone que la estrategia que subyace al método analítico desarrollado por el PIEG promueve la percepción de fragmentación y caos, al resolverse en una gama de disciplinas inconexas fundamentadas sobre conceptos analíticos que desarticulan la estructura integral del lenguaje. Incapaz de integrar o conectarse con aquello que no se encuentra incluido en el núcleo del programa, la principal estrategia del PIEG ha sido la tendencia a una mayor abstracción y autonomía disciplinaria. Incluso un generativista de pura cepa que proclama que «the overarching goals of generative linguistics still resonate strongly for me» (Jackendoff 2002, p. xi) suscribe la posición anterior en la siguiente cita:

- (22) I began my graduate work at MIT in 1965, at a time when generative linguistics was very much the toast of the intellectual world. [...] Over the succeeding decades, generative linguistics has certainly flourished.

But the price of success seems to have been increasing specialization and fragmentation within the field, coupled with a gradual loss of prestige and influence in the outside world. (Jackendoff 2002, p. xi.)

Finalmente, a través del análisis del discurso del PIEG hemos mostrado cómo la limitación del objeto se conjuga armoniosamente con un modelo de ciencia impuesto por las ciencias duras, con lo que se da la bienvenida a limitaciones espúreas y a innecesarias ficciones. En este campo intelectual, el PIEG construye un discurso cientificista, ríspido y carente de empatías para así comunicar las ideas de objetividad, neutralidad de valores y carencia de ideologías, atributos deseables a que debe aspirar toda disciplina que se propone generar conocimiento científico. Finalmente, la imposibilidad de destilar la ideología de la ciencia en las condiciones presentes de la institución científica demuestra que tal definición de lo científico no es más que una posición ideológica, por lo que tal contenido debe ser parte de nuestra reflexión dentro del campo de lo científico.

BIBLIOGRAFÍA⁸

- Arens, Hans 1975: *La lingüística. Sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días. Tomo II*, Madrid, Gredos. (1.^a ed. 1969.)
- Bach, Emmon 1976: *Teoría sintáctica*, Barcelona, Anagrama. (1.^a ed. 1974.)
- Badiou, Allan 1968: *El concepto de modelo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bloomfield, Leonard 1995: «A set of postulates for the science of language», en Hamp, E. P., Joos, M., Householder, F. W. y Austerlitz, R. (eds.), *Readings in linguistics*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 8-13. (1.^a ed. 1926.)
- Bowler, Peter J. y Morus, Iwan R. 2005: *Making modern science: A historical survey*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Browman, Catherine P. y Goldstein, Louis M. 1991: «Gestural structures: distinctiveness, phonological processes and historical change», en Mattingly, I. y Studdert-Kennedy, M. (eds.), *Modularity and the motor theory of speech production*, Hillsdale, Nueva Jersey, Erlbaum, pp. 313-338.
- Bybee, Joan 2001: *Phonology and language use*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press.

⁸ Sobre la notación de las fechas de la primera ed. (entre paréntesis) y de la ed. citada, cf. *supra* n. 3.

- Capra, Fritjof 1996: *The web of life*, Nueva York, Anchor Books.
- Castells, Manuel 2000: *The information age: Economy, society and culture. Volume I: The rise of the network society*, Malden, Massachusetts, Blackwell Publishers.
- Chalmers, Alan F. 1999: *What is this thing called science?*, 3ª ed., Norkfolk (R. U.), Open University Press.
- Chomsky, Noam 1965: *Aspects of the theory of syntax*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- 1974: «Problemas de la explicación lingüística», en Borges, R. y Cioffi, F. (comps.), *La explicación en las ciencias de la conducta*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 265-300. (1.ª ed. 1970.)
- 1983: *Reglas y representaciones*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica. (1.ª ed. 1980.)
- 1984: *Lingüística cartesiana. Un capítulo de la historia del pensamiento racionalista*, Madrid, Gredos. (1.ª ed. 1966.)
- 1987: *Estructuras sintácticas*, México, D.F., Siglo XXI Editores. (1.ª ed. 1957.)
- 1993: *Language and thought*, Wakefield, Rhode Island y Londres, Moyer Bell.
- 1995: *The minimalist program*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- Corneille, Jean-Pierre 1979: *La lingüística estructural: Su proyección, sus límites*, Madrid, Gredos. (1.ª ed. 1976.)
- Crespillo, Manuel 1986: *Historia y mito de la lingüística transformatoria*, Madrid, Taurus.
- De Saussure, Ferdinand 1983: *Curso de lingüística general. Edición crítica preparada por Tulio de Mauro*, Madrid, Alianza Universidad Textos. (1.ª ed. 1916.)
- Denison, Norman 2001: «A linguistic ecology for Europe?», en Fill, A. y Müllhäusler, P. (eds.), *The ecolinguistics reader. Language, ecology and environment*, Londres y Nueva York, Continuum, pp. 75-83.
- Descartes, Renee 1637: *El discurso del método*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Eisenberg y Haberland 1976: «El actual interés por la lingüística», en Emonds, J., Bolinger, D., Newmeyer, F. J., Ponzio, A. y otros, *Lingüística y sociedad*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, pp. 47-81.
- Gumperz, John 1982: *Discourse strategies*, Cambridge, Nueva York, Melbourne, Cambridge University Press.
- Hagège, Claude 1981: *La gramática generativa. Reflexiones críticas*, Madrid, Gredos. (1.ª ed. 1976.)
- Harmon, David 2001: «On the meaning and moral imperative of diversity», en Maffi, Luisa (ed.), *On biocultural diversity. Linking language, knowledge,*

- and the environment*, Washington, D.C. y Londres, Smithsonian Institution Press, pp. 53-70.
- Haarmann, Harald 1986: *Language in ethnicity. A view of basic ecological relations*, Berlín, Nueva York, Amsterdam, Mouton de Gruyter.
- Hjelmslev, Louis 1976: *Principios de gramática general*, Madrid, Gredos. (1.^a ed. 1928.)
- 1984: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos. (1.^a ed. 1943.)
- Jackendoff, Ray 2002: *Foundations of language. Brain, meaning, grammar, evolution*, Oxford, R. U., y Nueva York, Oxford University Press.
- Jakobson, Roman y Halle, Morris 1973: «Fonética y fonología», en *Fundamentos del lenguaje*, Madrid, Editorial Ayuso, pp. 9-90.
- Jakobson, Roman 1985: «La estructura del fonema», en *Ensayos de lingüística general*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 97-138. (1.^a ed. 1939.)
- Katz, Jerrol J. y Fodor, Jerry A. 1976: *La estructura de una teoría semántica*, México, D.F., Siglo XXI Editores. (1.^a ed. 1964.)
- 1978: «El mentalismo en la lingüística», en Contreras, Heles (comp.), *Los fundamentos de la gramática transformacional*, México, D.F., Siglo XXI, pp. 205-223. (1.^a ed. 1964.)
- Kuhn, Thomas 1962: *The structure of scientific revolutions*, Chicago, University of Chicago Press. (1.^a ed. 1996.)
- Lakatos, Imrie 1970: «Falsification and the methodology of scientific research programmes», en Lakatos, I. y Musgrave, A. (eds.), *Criticism and the growth of knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 91-196. (1.^a ed. 1974.)
- Lakoff, George y Johnson, Mark 1999: *Philosophy in the flesh. The embodied mind and its challenge to Western thought*, Nueva York, Basic Books.
- Langacker, Ronald 1987: *Foundations of cognitive grammar. Volume 1: Theoretical Prerequisites*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Lavandera, Beatriz R. 1992: «El estudio del lenguaje en su contexto social», en Newmeyer, F. (ed.), *Panorama de la lingüística moderna de la Universidad de Cambridge. IV. El lenguaje: Contexto socio-cultural*, Madrid, Visor, pp. 15-29.
- Manoliu, María 1977: *El estructuralismo lingüístico*, Madrid, Cátedra.
- Manteca Alonso-Cortés, Ángel 1976: «Introducción», en Emonds, J., Bolinger, D., Newmeyer, F. J., Ponzio, A. y otros, *Lingüística y sociedad*, Madrid, Siglo XXI, pp. 1-10.
- Martinet, André 1984: *Elementos de lingüística general*, Madrid, Gredos. (1.^a ed. 1960.)
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco 1987: *El árbol del conocimiento*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria. (1.^a ed. 1984.)

- Mautner, Thomas 1999: *Dictionary of philosophy*, Harmondsworth, Middlesex (R. U.), Penguin Books.
- Mermall, Marshall 1978: *La retórica del humanismo. La cultura española después de Ortega*, Madrid, Taurus.
- Mühlshäusler, Peter 1996: *Linguistic ecology. Language change and linguistic imperialism in the Pacific region*, Londres, Routledge.
- Nebrija, Antonio de 1980: *Gramática de la lengua castellana*, Madrid, Editora Nacional, (1492) (Edición preparada por Antonio Quilis.)
- Newmeyer, Frederick J. y Emonds, Joseph 1976: «El lingüista en la sociedad americana», en Emonds, J., Bolinger, D., Newmeyer, F. J., Ponzio, A. y otros, *Lingüística y sociedad*, Madrid, Siglo XXI, pp. 47-81.
- Nique, Christian 1982: *Introducción metódica a la gramática generativa*, Madrid, Cátedra. (1.^a ed. 1974.)
- Piattelli-Palmarini, Massimo 1998: «Foreword» en Uriagereka, J., *Rhyme and reason. An introduction to minimalist syntax*, Cambridge, Massachussets, MIT Press.
- Smuts, J. C. 1926: *Holism and evolution*, Nueva York, Macmillan.
- Taylor, John R. 1989: *Linguistic categorization. Prototypes in linguistic theory*, Oxford, Clarendon Press.
- Trubetzkoy, Nikolaj S. 1973: *Principios de Fonología*, Madrid, Cincel. (1.^a ed. 1939.)
- Van Dijk, Teun A. 2003: *Ideología y discurso*, Barcelona, Ariel Lingüística.
- Williams 1983: *Keywords. A vocabulary of culture and society*, Nueva York, Oxford University Press.

EL LÉXICO: NORMA, SISTEMA Y NEUTRALIZACIÓN

AURORA SALVADOR ROSA

RESUMEN

El léxico no puede ser sin existir. Las posibilidades del sistema forman parte de la gramática de la lengua, pero no de su léxico. La palabra lexemática es funcional en sí misma. Los límites del sistema y la norma coinciden en el léxico, lo que la norma regula en este campo son las preferencias selectivas. Hay normas léxicas que se adecuan a las distintas lenguas funcionales, no hay una norma léxica general distinta de lo que establece el sistema social de signos. Todo cuanto pertenece al sistema social se ha constituido a partir del uso social. Y hay una norma ejemplar, que no coincide con la norma histórica.

Los fenómenos de neutralización de rasgos distintivos o de actualización de rasgos virtuales de la significación no contradicen la indistinción entre norma y sistema en el terreno léxico. La neutralización léxica es un fenómeno consustancial con el léxico mismo, pero poco estudiado porque no ha llamado la atención de los lingüistas. Un caso no ignorado de neutralización lé-

ABSTRACT

There can be no lexicon without performance. The different possibilities of the system are part of the grammar of a language, not of its lexicon. The lexematic word is functional by itself. Although the boundaries of system and norm tally in the lexicon, the norm regulates only selection preferences. Several lexical norms adapt to the diverse functional languages, even if there is no general lexical norm diverging from what was established by the social system of signs. Every item belonging to the social system has been built through social performance. Furthermore, the exemplary norm does not coincide with the historical norm.

The lack of differentiation between norm and system in the lexical field is not challenged by phenomena such as neutralization of distinctive features or actualización of virtual features of meaning. Lexical neutralization and the lexicon as such stick together. However, this fact has never claimed the attention of linguists and has therefore been insufficiently studied. One of the

xica es el que se produce en oposiciones en las que uno de los miembros es extensivo o no marcado y el otro es intensivo o marcado. En la ontogénesis lingüística se ha documentado abundantemente la presencia de hechos que podrían considerarse de neutralización léxica inversa. Pero la neutralización léxica no es una tendencia exclusivamente infantil: afecta a todos los hablantes en mayor o menor grado. Es un fenómeno plenamente lingüístico, y no meramente estilístico.

few noted cases of lexical neutralization results from the opposition between an extensive or unmarked member and an intensive or marked correlate. In linguistic ontogenesis plenty of facts that can be considered reverse lexical neutralization have been documented. Nonetheless, lexical neutralization is not exclusively a tendency of child language—it affects all speakers to a higher or a lesser extent. It is a purely linguistic phenomenon, not limited to stylistics.

Palabras clave: léxico y sistema lingüístico, léxico y norma lingüística, neutralización léxica, adquisición del léxico.

Keywords: lexicon and linguistic system, lexicon and linguistic norm, lexical neutralization, lexicon acquisition.

Quien dice norma lingüística dice modelo de realización acreditado por el uso. La lengua es un sistema de oposiciones funcionales. La norma es lo que solemos hacer con ese sistema. Lo que la costumbre autoriza. Lo cual implica que es más estrecha que el sistema —no hemos hecho en realidad todo cuanto podríamos haber hecho, no hemos explotado al máximo sus rasgos funcionales— y al mismo tiempo (y paradójicamente) más amplia: incluye además rasgos no funcionales, rasgos indistintivos.

Cosas como estas se repiten sin cesar cuando se habla de la norma lingüística. Y son verdad pero, quizá, no toda la verdad. Porque no hay equiparación entre los subsistemas de la lengua, no son uno y el mismo. Y lo que conviene, por ejemplo, al subsistema fonológico puede encajar peor con el subsistema léxico, o con el gramatical, morfología y sintaxis incluídas.

Sé que la afirmación que sigue puede sonar, en principio, a despropósito, pero, a mi juicio, es rigurosamente cierta. En el terreno léxico, el que nos interesa, no cabe hacer distinción entre norma y sistema según criterios de funcionalidad. Las palabras que efectivamente se usan ingresan, por eso mismo, en el sistema. Y las construcciones analógicas a las que el sistema podría dar lugar para crear léxico no son palabras lexemáticas genuinas. Son meras posibilidades gramaticales que, por muy de acuerdo

que estén con las tendencias morfológicas de la lengua, no tienen —no pueden tener— ningún significado asignado. Eso sólo el uso efectivo puede proporcionarlo.

Las ideas que acabo de expresar requieren ser justificadas, pues a primera vista parecen entrar en contradicción con algunas enseñanzas de Coseriu, quien en 1952 dejó bien establecida su tricotomía sistema norma / habla (cf. Coseriu 1967, pp. 11-113). Coseriu 1981b, pp. 126-130, perfila aún más los conceptos contrapuestos que me ocupan, los de sistema y norma, desde la perspectiva del léxico. Nada más lejos de mis intenciones que apartarme del maestro indiscutible, pero para serle absolutamente fiel en el espíritu, antes que en la letra, se impone seguir su ejemplo e intentar analizar las cosas según lo que son verdaderamente. Mejor dicho, según lo que uno cree que son cuando se consideran objetivamente. Coseriu manifiesta que hay un léxico del sistema y un léxico de la norma y explica con gran claridad en qué consiste la diferencia. Marsá 1984, pp. 39-50, trata sobre este mismo asunto y coincide plenamente con Coseriu: expone la idea con su personalísimo estilo y es casi imposible no sentirse de acuerdo con sus argumentos al mismo tiempo que complacido, pues nadie como él ha conseguido que la ciencia resulte tan amena y a la par tan rigurosa. Yo no discreparía de las razones que comparten estos dos grandes maestros, que además son los míos, pero, basándome en el propio Coseriu 1981b, considero que el léxico no alcanza su estatus de tal mientras no se hace realidad de carácter colectivo en la palabra concreta y cotidiana. Basándome en el Coseriu que define las palabras lexemáticas como «aquellas que estructuran primariamente la realidad extralingüística», no en el que afirma que la «existencia o la inexistencia real de una unidad léxica posible desde el punto de vista del sistema es un hecho de norma». Entiendo que las posibilidades del sistema forman parte de la gramática de la lengua, pero no de su léxico, pues no cumplen con la función de estructurar la realidad extralingüística. El léxico no puede ser sin existir, por así decirlo. Cuando Coseriu habla de unidades léxicas posibles en el sistema y de unidades léxicas realizadas en la norma, da prioridad a una de sus distinciones conceptuales sobre otra distinción conceptual que también le pertenece, al menos en su desarrollo. Por mantener la oposición norma / sistema soslaya la que se establece entre léxico y gramática, que es suya igualmente y, antes que suya, del mismísimo Saussure. Saussure 1916, p. 151, apuntó ya la dificultad que la lengua ofrece para la de-

terminación de una unidad como la palabra, pero al margen de los problemas de identificación de las palabras, lo que dejó claro Saussure 1916, pp.182-185, es que donde hay orden y hay motivación relativa, hay gramática, no léxico. El léxico, como tal, es lo absolutamente inmotivado de la lengua, lo auténticamente convencional y arbitrario que sólo se sostiene por la fuerza de la costumbre. Siendo así, no hay más léxico que el «de hecho». Las posibilidades del sistema, lo que puede ser en función de las pautas organizativas del sistema, no es léxico.

La palabra lexemática es el signo léxico elemental, pues aunque categorizada y gramaticalmente adaptada, tal categorización y tal adaptación forma parte de ella desde el momento de su nacimiento. Cuando disociamos los constituyentes de la palabra, los únicos segmentos que nos encontramos con entidad unitaria y, por lo tanto, con existencia independiente en el código son los rasgos de contenido gramaticalizados. Las raíces, en principio, no son más que raíces o radicales (denominación ésta más acorde con su potencial de desarrollo que la de «lexemas») o morfemas léxicos, ninguna de las cuales es aceptable donde, al no haber referencia extralingüística, no existe unidad léxica. Las raíces son «protosignos», esto es, simples elementos generadores de palabras motivadas. Cuando efectivamente dan lugar a series formacionales más o menos extensas, entonces y solo entonces se convierten en signos que expresan isomórficamente el valor común de una estructura paradigmática secundaria.

La palabra lexemática es funcional en sí misma y desde sí misma. Su funcionalidad no necesita ser probada, como la del fonema, porque al tratarse de un signo, le basta con definir uno o más valores unitarios dentro del sistema. En definitiva, le basta con estar en el código, y para ingresar en él como unidad de pleno derecho, sólo necesita usuarios. En el momento en que los tiene, entra en la costumbre colectiva, entra en la norma. Y entrando en ella, entra simultáneamente en el sistema.

Los límites, pues, del sistema y de la norma coinciden en el léxico. Lo que la norma regula en este campo son las preferencias selectivas. Pero estas preferencias no tienen nada que ver con el carácter «sistémico» o normativo del léxico, insisto, pues la norma que, en cada caso, marca la preferencia hacia unas u otras palabras no refleja tendencias generales sino particulares del idioma. Hay, sí, normas léxicas, que se adecuan a las distintas lenguas funcionales. Pero eso no desmonta el razonamiento que estamos siguiendo. No invalida la coincidencia entre norma y sistema.

Todo lo contrario. La avala. Hay, también, normas léxicas, de menor rango, que marcan lo que es socialmente adecuado utilizar en cada contexto situacional. Salirse de sus dictados puede anatematizar socialmente a quien se atreva, pero no lingüísticamente¹. El único requisito para el recto entendimiento de las palabras es usarlas con propiedad, no importa si con oportunidad, porque esa es otra historia. A veces hay que dejar de ser conspicuo como ciudadano si quiere uno llamar a las cosas por su nombre o por el más expresivo de sus nombres. Y saltarse a la torera el tabú o, en caso de que lo haya, el eufemismo.

Los frecuentísimos fenómenos de neutralización de rasgos distintivos o de actualización de rasgos virtuales de la significación sí podrían entrar en contradicción con lo que estoy defendiendo a propósito de la indistinción entre el sistema y la norma en el terreno léxico. Pero se trata de fenómenos que, cuando no son ocasionales, cuando se repiten, afectan de inmediato al sistema, creando sinonimias o polisemias donde no las había. Y cuando dependen del aquí y del ahora, de las circunstancias concretas en que se crea un mensaje específico, en definitiva, cuando son cuestión de sentido, no de significado, no cabe hablar de norma, ni siquiera de norma individual, porque no se ajustan a ningún modelo predeterminado.

No hay, pues, una norma léxica general distinta de lo que establece el sistema social de signos. Todo cuanto pertenece al sistema social se ha constituido a partir del uso social. Nos ahorraríamos quebraderos de cabeza si llamáramos «sistémico» (o quizá «diasistémico») a lo que pertenece al sistema como patrimonio social y «sistemático» a lo que concuerda con las previsiones del sistema como código. Cada lengua funcional incluye una parte del léxico del diasistema, y, desde el punto de vista activo, o sea, cuando se realiza en el hablar, inclina sus preferencias selectivas hacia ciertas palabras en detrimento de otras que, sin embargo, están en su catálogo y pueden ser descifradas sin traducción.

Finalmente —y ahí quería yo llegar porque ésta sí es una realidad innegable— existe una norma ejemplar en el léxico. Tengo la sensación de que tanto en «Introducción al estudio estructural del léxico» (Coseriu 1981b), como en «Semántica estructural y semántica cognitiva» (Coseriu 1990), el

¹ No está de más recordar otra conocida afirmación de Coseriu: «el hablar es un plano autónomo del lenguaje, independiente de las lenguas», en Coseriu 1977, p 243.

maestro pasa por alto distinguir explícitamente la norma ejemplar de la norma histórica, cuando se refiere a determinados hechos efectivamente documentados en el uso social, insistiendo en que son mera posibilidad virtual del sistema (Coseriu 1981b, pp. 126-130) o categorización de emergencia, fruto de las reticencias y las dudas designativas de los hablantes inseguros (Coseriu 1990, pp. 257-260). A mi modo de ver, en el léxico, que es tan extenso y tan complejo, es esencial que el acuerdo tácito de los hablantes se convierta, en un momento dado, en acuerdo explícito. Para perfilar cabalmente el código común y mantenerlo después, es imprescindible la estabilización del significado de las unidades, no ya en la «conciencia colectiva», que por muy colectiva que sea no sirve para superar las limitaciones de memoria propias de la condición humana, sino en el registro gráfico efectivo, en el catálogo material, no mental, en que se consiguan y se definen las palabras existentes. El prestigio de las instituciones y de las personas que realizan este inmenso trabajo, da validez «oficial» al resultado, el diccionario, y delimita con precisión el alcance significativo de los vocablos que, sin ese registro, ofrecerían constantemente duda al usuario. No es que los significados sean subjetivos, al contrario, pero su objetividad necesita asentarse sobre el terreno firme del diccionario, no sobre las arenas movedizas del psiquismo de los hablantes. Naturalmente algo como un diccionario no puede ir por delante de la norma histórica, y de la norma histórica selecciona únicamente aquellos usos lo bastante importantes por extendidos o por cultos, que alcanzan así la categoría de ejemplares. Los fenómenos insuficientemente asentados o sólo documentados dentro de grupos de escasa consideración social, no se incluyen en el registro, y su misma exclusión los deja fuera de juego, los desautoriza como si fueran erróneos o desviados. Ciertamente lo son. No con respecto al diasistema ni a la norma histórica, que, insisto nuevamente, son la misma cosa, pero sí en relación con el sentir de la sociedad. La sociedad, cuando de léxico se trata, quiere las claves precisas del diccionario normativo, quiere saber a qué atenerse, quiere seguridad, al menos en el código. La ejemplaridad lingüística en este nivel de la lengua exige, en primer lugar, absoluta propiedad, es decir, perfecta correspondencia entre las palabras y las ideas que se quieren expresar, de acuerdo, claro está, con lo que manda el diccionario. Y en segundo lugar, selección adecuada para cada ocasión de acuerdo con las preferencias sociales y las expectativas de los receptores. Según esto, todo lo reconocido cabe en la norma ejemplar.

Todo lo que está acreditado en el sistema social puede convertirse en la mejor de las opciones en un contexto dado. Pero, y desearía subrayar este punto, cada vez que se selecciona una palabra hay que sopesar si es o no buena para el momento. El catálogo, cuanto más amplio, mejor. La elección mejor, cuanto más ajustada a la lengua y a las circunstancias, salvo cuando buscamos determinados efectos expresivos y recurrimos deliberadamente a la utilización «inapropiada» del léxico, a la «discordancia léxica» heterodoxa y transgresora.

Acabo de calificar de frecuentísimos a los fenómenos de neutralización léxica y no he exagerado, al contrario, me he quedado corta. La neutralización, que consiste en la suspensión, en determinados contextos, de una oposición funcional existente en la expresión o en el contenido (Coseriu 1981a, p. 245) es uno de los principios de organización del sistema lingüístico, y no es que ocurra también en el léxico: es que ocurre sobre todo en el léxico. Lo sorprendente es que se hable tan poco de ella, siendo, como es, el pan nuestro de cada día. Se ha reparado, es cierto, en ciertos tipos bien definidos de neutralización, la que se produce entre lexemas como *hombre* y *mujer* o como *día* y *noche*, y nadie que tenga unos mínimos conocimientos lingüísticos ignora la existencia de estas oposiciones en las que uno de los miembros, el «extensivo o no marcado», tiene la doble posibilidad de funcionar como «archilexema» representativo, sin mayor especificación, del valor común que comparten los elementos integrantes del par paradigmático, o como simple lexema, tan específico como el otro. Esta clase de neutralización es, y en uno de los ejemplos aducidos resulta claro, exactamente igual que la que se produce regularmente en español cuando los nombres relativos a realidades sexuadas ofrecen flexión de género, es decir, cuando gramaticalizan rasgos de contenido referentes a su sexo. La marca, esto es, la expresión del femenino, siempre mantiene el mismo contenido, mientras que la del masculino tiene la posibilidad de vaciarse de su significado exclusivo y diferencial. Eso mismo sucede con el número singular del nombre cuando la cuantificación se vuelve irrelevante, o con el pasado del verbo cuando la ubicación temporal carece de importancia. Los mecanismos de las lenguas para expresar los significados que necesitan expresar, tienden a la economía de medios. Anular oposiciones permite agrupar bajo una misma etiqueta lingüística aquellas realidades que sólo interesa diferenciar ocasionalmente, lo cual ahorra palabras y esfuerzo sin generar más ambigüedad que la

oportuna². Tal es el caso de la neutralización de lexemas que corrientemente se menciona. Incluso los libros de texto dirigidos a la enseñanza media informan sobre su existencia, aunque no la llamen «neutralización». Fenómeno de incalculable trascendencia en el uso idiomático, forzosamente tenía que atraer la atención de lingüistas, y docentes, pues cuestiones tan básicas de la gramática como las relativas al género y a la concordancia nunca han pasado inadvertidas ni han dejado de ser explicadas. La neutralización de unidades opuestas en virtud de un cierto tipo de rasgos de contenido, en unos casos gramaticalizados y en otros lexicalizados, no es ninguna novedad lingüística. Digamos que está catalogada y que se cuenta con su existencia.

La neutralización léxica, sin embargo, no se agota con este ejemplo. Su radio de acción es muchísimo más amplio, tanto como para poder afirmar que se trata de un fenómeno omnipresente en el léxico, consustancial con el léxico mismo. Si está tan mal —tan poco— estudiada no es porque no abunde, sino porque al producirse en el plano del contenido de la lengua no llama excesivamente la atención salvo cuando de ella se derivan condicionamientos sintácticos notorios. Cuando no trasciende, porque no restringe ni determina de manera inmediata y palmaria las posibilidades de combinación de los lexemas implicados, cuando no afecta la conformación estructural de la frase y del texto, pasa inadvertida o se interpreta como simple error o inexactitud.

Hay, no obstante, un cierto campo de la investigación en el que se ha documentado abundantemente la presencia y la pujanza de determinados hechos que podrían considerarse de neutralización léxica. Me refiero a la ontogénesis lingüística, que es un reducto privilegiado para la observación y el análisis del mecanismo íntimo del lenguaje en su ser y en su devenir. En el estudio de la adquisición de la lengua materna, como nos enseñó Alarcos 1976, es posible situarse en una perspectiva habitualmente vedada a la mirada, y conseguir una visión verdaderamente «pancrónica» de la lengua. De la única lengua auténticamente funcional, el «idiolecto»,

² La lengua que proporciona procedimientos para expresar diferenciadamente contenidos diferentes y que, al mismo tiempo, permite igualar esos mismos contenidos cuando lo relevante es lo que tienen en común, es oportunamente ambigua: deja abierta la posibilidad de decir —o callar— lo que se quiere. Eso resulta francamente útil y decididamente económico. Es comunicativamente rentable.

según Salvador 1985, p. 61. El examen y la comparación de los casos ya estudiados permite deslindar lo que en el proceso se revela como constante de lo que es variación individual. Lo cierto es que en el desarrollo del lenguaje hay pautas y progresión, es decir, hay un orden y este orden es universal (cf. Jakobson 1974, p. 30).

En el proceso de adquisición espontánea, tanto si ocurre en la infancia como si ocurre después de la infancia, vamos de las cosas a las palabras por los caminos de la «designación», necesariamente anterior al «significado». El sujeto incorpora cada nueva palabra a partir de su experiencia, mediante un proceso de identificación entre cosas particulares y palabras que las nombran. La noción de lo particular se hará concepto de lengua en el momento en que, intuitivamente, universalice los rasgos percibidos como esenciales y convierta la palabra en aplicable a la clase de los objetos susceptibles de ser designados por ella.

Los estudios sobre el lenguaje infantil ponen de relieve que el niño es sensible tan solo a algunos de los rasgos significativos de las palabras, las cuales va incorporando a su repertorio pero con un significado mucho menos específico que el que realmente les corresponde, y aplicables, por tanto, a muchas más cosas que las que forman parte de la clase de objetos que, según la lengua, sirven para referir. Cuantos menos sean sus rasgos, y más evidentes, tantas más posibilidades tendrá el niño de hacerse con su cabal significado. Cuando éste sea complejo, tenderá a reducirlo, con lo que la palabra portadora se entenderá como equivalente de las que se le opongan en virtud de los rasgos anulados, o se archilexematizará dentro de su campo. Alarcos 1976 habla de la «dispersión semántica» de los niños, y Frenk Alatorre 1965 de las formas especiales de «polisemia» y «homonimia» características de la infancia. Mi observación directa y continuada del proceso de adquisición lingüística sobre un número inusitadamente elevado de sujetos —mis siete hijos— confirma las investigaciones anteriores, aunque con gran frecuencia, según he podido ver, sucede algo que parece entrar en conflicto con lo que se ha dicho: el niño recurrirá a la creación léxica, libre o motivada, para plasmar en la expresión diferencias de contenido para él manifiestas, a las que no ha encontrado la correspondiente forma distinta en el otro plano. ¿Cómo se debe interpretar esto? ¿No se contradice esta conducta con el talante económico del niño? La contradicción sólo es aparente. La creación léxica infantil no es síntoma de ningún extraño giro que invierta la tendencia hacia la simplicidad semántica. Únicamente muestra

hasta qué punto lo que subyace en la adquisición léxica, el principio que la gobierna, es la funcionalización de y sólo de los rasgos que la experiencia individual hace sentir como diferentes. Estas tendencias infantiles, especialmente la proclividad a la neutralización lexemática, están bien documentadas y claramente explicadas en los citados estudios de Alarcos 1976 y Alatorre 1965. En realidad, la neutralización ontogenética no es neutralización propiamente. El individuo, en su marcha evolutiva, lo que hace es todo lo contrario: activar en su propio sistema cada vez más rasgos funcionales. Pero con respecto a la lengua del medio, la del niño aparece, en cada momento de su evolución, como una estructura simplificada en la que, por lo tanto, cabe decir que se neutralizan las oposiciones aún no descubiertas. Se sabe ya bastante sobre el mecanismo de análisis sucesivos que conducirá, finalmente al modelo adulto, y el interés suscitado por la génesis del lenguaje ha hecho recaer la atención en sus tendencias neutralizadoras. Pero quizá no se les haya dado la trascendencia que verdaderamente tienen.

Desde mi punto de vista no son tendencias exclusivamente infantiles. Se mantienen a lo largo de toda la vida, y afectan a absolutamente todos los hablantes, sea cual sea su edad, en mayor o menor grado. La neutralización lexemática, lo repito, es un fenómeno plenamente lingüístico que las más de las veces nada tiene que ver con las intenciones puramente estilísticas. Sucede por lo que ya hemos dicho: la solvencia perfecta no existe en el terreno del léxico. Muchas de las palabras que adquirimos por la vía de la designación, ingresan en nuestros paradigmas sin que lleguemos a tener conciencia de su significado más que aproximadamente. Y así las mantendremos largo tiempo, o, en muchos casos, definitivamente. Podremos, de todos modos, entenderlas sin dificultad, pues el contexto comunicativo suele arrojar alguna luz y dar sentido claro al decir y a lo dicho. Con una cierta dosis de intuición lingüística, podremos hasta incluirlas con acierto en nuestro propio discurso, pero mientras no nos aseguremos conscientemente de su significado y retengamos lo aprendido en la memoria, nos estaremos «columpiando» cada vez que lo hagamos. Como niños. O al menos como jóvenes. Según queja habitual de los docentes de Secundaria y de Bachillerato, buena parte del léxico de sus alumnos, catalogado como léxico pasivo, está en esta situación. Lo poseen, pero en precario, y esa es la razón por la que no lo usan activamente. Por prudencia. Pero como ni todos los hablantes son prudentes, ni los que sí lo son pueden serlo siempre, sucede lo que sucede, y no a los jóvenes principal-

mente. A la inmensa mayoría de los usuarios de la lengua. *Humanum est errare*. Y con el léxico más humano es errar todavía, porque el error léxico es extraordinariamente contagioso. Pronto oiremos, a no dudar, que *errar es humanitario*. Las «catástrofes» lo son desde hace tiempo.

Parece una broma, pero no lo es. Es un ejemplo de un uso que se ha extendido ya tanto que hasta gente de acreditada formación y habitualmente atenta con el idioma incurre en él. Un ejemplo que pone de manifiesto un hecho lingüísticamente relevante: no existen hablantes con léxico a toda prueba. Quien más, quien menos, todos somos sensibles a los malos influjos. Sin embargo, no es en la inmunodeficiencia del usuario en lo que voy a centrarme. Lo que quiero resaltar es que el proceso de adquisición del léxico nunca concluye, y que los hablantes adultos, exactamente igual que los niños en su etapa de adquisición del lenguaje, sólo incorporan de forma completamente segura y homologada las palabras que se refieren a realidades de cuya identidad tienen plena conciencia, bien porque la vida les ha llevado a conocerlas directamente o bien porque ha habido un trabajo de aproximación intencional por cualquier otro camino, es decir, un aprendizaje. La solvencia léxica perfecta es imposible, como imposible es la omnisciencia. La cantidad y la naturaleza del léxico que se domina sin la menor duda depende, claro está, de la historia personal, de la experiencia, de la cultura de cada hablante.

Cada hablante posee, además de este léxico más o menos extenso y más o menos variado, que está incuestionablemente ajustado a la norma ejemplar, el que habiéndose interiorizado con un significado que no se corresponde exactamente con el que el diccionario le reconoce, no se beneficia de una posterior rectificación. Pocos hablantes se preocupan de confirmar metódicamente sus suposiciones sobre lo que quieren decir palabras que interpretan sin problemas cuando los demás las emplean, y que ellos mismos usan cuando les parece que cuadran con lo que intentan expresar. Algunos van mucho más lejos: se atreven, incluso, con léxico terminológico que queda fuera de su competencia, pero que, mal entendido, han adoptado como propio. Deben de creer que la utilización de términos especializados imprime rigor y autoridad a su discurso, de modo que los utilizan, aunque no precisamente con rigor, sino a su manera. Piénsese, por ejemplo, en el uso del adjetivo *semántico*, tan docto, con el que nos vienen obsequiando políticos, periodistas y ciudadanos de a pie en los últimos tiempos. La creatividad lingüística, que es una de las características esenciales del lenguaje infantil para Jakobson 1974, p. 20, y para Gili Gaya 1972, p.

11-13 y 21-28, no se agota con la edad. En fin, hay muchas razones, aparte del esnobismo, por las que los hablantes asignan significados desviados a las palabras, pertenezcan o no al léxico terminológico. La casuística es de lo más variada. Puede suceder que les atribuyan semas específicos de otras palabras del mismo campo semántico, o sencillamente que las despojen de los suyos propios sin sustituirselos, con lo cual les amplían considerablemente las posibilidades de aplicación. A veces es la influencia de otra lengua lo que conduce al baile de semas, al extravío de alguno que tendría que estar o a la inclusión del espurio. En ciertos casos las propiedades que se implican en las cosas llevan a confusión sobre los rasgos significativos pertenecientes a las palabras que las nombran. La atracción paronímica también hace de las suyas. Y los ejercicios deductivos, cuando se trata de lexemas secundarios formados por aplicación de procedimientos gramaticales a otros preexistentes, pueden conducir a conclusiones equivocadas. Todo eso, añadido a la indeclinable afición de tantos y tantos a hablar en lo que pretenden que sea lenguaje figurado, puede ser causa de malformación congénita del signo léxico a escala individual.

Si nos centramos en el fenómeno de la neutralización, lo menos grave —lo menos desestabilizador— será que se produzca, sin más, la archilexematización de un cierto lexema. Esta es la clase de neutralización que considero de mayor alcance, porque es la más común y la menos disonante en sus comienzos, y, por consiguiente, la que tiene mayores posibilidades de prosperar sin que nadie lo denuncie y sin que se produzca ninguna reacción. Es natural: la archilexematización no supone más que una reducción simplificadora, comprensible y hasta cierto punto justificable. Lo cual no quiere decir que otras neutralizaciones, bastante más chirriantes, no tengan consecuencias. Las tienen en cuanto cunde el ejemplo y el fenómeno, que empieza por ser individual y designativo, trasciende al grupo y al significado. Es fácil que esto suceda cuando los iniciadores tienen audiencia. Entre los receptores abundan los inseguros, y a esos les bastará con una mínima exposición. Una vez contagiados, contagiarán a otros que a su vez se convertirán en agentes transmisores y así sucesivamente. ¿Cuántos usuarios harán falta para considerar que una neutralización semántica deja de ser un hecho de habla y se convierte en hecho de lengua? ¿Durante cuánto tiempo deberá repetirse entre la gente? No es cuestión de número de afectados. La repetición, en cambio, sí me parece demostrativa: si una neutralización léxica se da corrientemente en el hablar de las personas o de los grupos, es

que no es ocasional, es que ha habido modificación en el código individual o social. Eso es, indiscutiblemente un hecho del sistema, aunque haya que considerarlo en su máximo grado de concreción. Naturalmente, los errores de procesamiento lingüístico meramente individuales se quedan en eso, en errores, y los que al hablar incurren en ellos con contumacia provocan la general desaprobación e incluso la burla de los maliciosos. Los únicos que pueden permitirse el lujo de confundirse son los escritores renombrados, cuyas equivocaciones se interpretan como peculiaridades idiolectales cuando se han ganado el favor de la crítica. Cuestión de prestigio.

Más atención merecen los casos concretos de neutralización que se comprueban reiteradamente en distintos usuarios. Veamos algunas muestras, algunas incluso tópicas, que, aunque no reflejan la magnitud del fenómeno, ayudan a entender qué es y por qué sucede.

Para muchos hispanohablantes, al margen de su precisa procedencia, el adjetivo *esbelto* significa sólo 'alto y delgado'. Para los jóvenes gaditanos³ en general, *canijo* no incluye el sema 'de baja estatura', y *achaparrado*, que sí incluye ese sema, no es portador de otro, 'que tiene muchas carnes', en virtud del que se inscribe en el campo semántico 'gordo/flaco' (cf. Salvador, A. 1993, pp. 274-275, 343-344, 149-150).

En oposición a *varón*, *hembra* en aplicación humana es característico del registro popular en determinadas variedades dialectales del español, pero se da también fuera de ellas, y no sólo en el coloquio informal, sino además en la escritura. En *DRAE* 2001, como en *DRAE* 1992, ese es su significado en segunda acepción, 'mujer, persona del sexo femenino', mientras que en las ediciones inmediatamente anteriores (cf. *DRAE* 1984 y *DRAE* 1970) había que llegar a la séptima para encontrar la equivalencia. Y no es inusitado que se prefiera a *mujer* en impresos o formularios. Esto tiene una explicación, al margen de que el diccionario normativo le conceda su beneplácito⁴, y es la «conflictividad» del lexema *mujer*, o,

³ Aludo concretamente a los jóvenes gaditanos porque gracias a mi prolongado contacto con ellos en las aulas universitarias conozco bien sus usos lingüísticos.

⁴ El *Diccionario de Autoridades*, RAE 1726-39, define *hembra*, en primer lugar, como 'el sexo que concibe, el animal que engendra en sí, tanto de los racionales como de los brutos'. Pero ni en la primera entrada ni en las cuatro restantes hay remisión sinónima a *mujer*. A decir de Corominas 1981-91, en castellano *hembra* con el significado de 'mujer' tiene carácter festivo, y es propio de los lenguajes aflamencado, gauchesco y análogos.

para ser precisos, de los lexemas que comparten esa forma de la expresión (cf. Lodaes 1991). Hay un *mujer 1*, un *mujer 2* e incluso un *mujer 3*. *Mujer 1* es el valor común del campo, pero *mujer 2* es semánticamente más específico, gracias al sema *púber*, y funciona como el miembro no marcado de la oposición neutralizable *niña/mujer*. Para muchos hablantes el sema *púber* de *mujer 2* no es prescindible en ningún contexto, y por eso recurren a *hembra*, que es aplicable al sexo femenino sin distinción de edad, en lugar de a *mujer 1*. Un caso consolidado, a mi parecer, de evitación y neutralización sustitutiva: se neutraliza la oposición *hembra/mujer* por pura necesidad del término extenso del que se carece desde el momento en que se produce el rechazo a la neutralización *mujer/niña*.

También merece comentario *asequible*, aunque sólo sea porque el suyo es un caso de neutralización aparente. En realidad en *asequible* hay algo más que la desaparición del sema genérico que restringe las posibilidades de combinación del lexema a las clases «animales» y «cosas». Hay un cambio total de significado, motivado, sin duda, por la atracción paronímica de *accesible*, que, para mayor confusión, es palabra polisémica cuyos valores funcionan en «solidaridad semántica»: casi se podría entender como sinónimo de *asequible* en su aplicación a *ideas*. Eso induce a la mayoría de los hablantes a generalizar la equivalencia, sin distinción de acepciones.

En *escuchar*, *detentar* y *realizar* únicamente hay supresión de semas, tendencia a la archilexematización. De ahí la indistinción resultante entre estos verbos y, respectivamente, *oír*, *ostentar* y *hacer*. Las protestas contra el uso indebido de *escuchar* no cesan, pero hasta los más remisos utilizan ya la combinación *escuchar música*, en lugar de *oír música*, como era habitual. Ciertamente quien oye música presta atención a la música que *oye*, de modo que *escucharla* es posible sin reducción sémica, pero el cambio de costumbre combinatoria, puramente normativo, podría estar relacionado con la neutralización *oír/escuchar* generada por la archilexematización de *escuchar*. La frecuencia es la mejor propaganda para las palabras. *Detentar* por *ostentar* se dice menos, pero porque *ostentar* es bastante más infrecuente que *oír*: El *Gran diccionario de la lengua española* (Larousse-Planeta 1996) incluye la acepción «aminorada» de *detentar*, pero la Academia todavía se resiste. *DRAE* 2001 define *detentar* como ‘retener y ejercer ilegítimamente algún poder o cargo público’ mientras que *ostentar* es, en primera acepción, ‘mostrar o hacer patente algo’, y en segunda ‘ha-

cer gala de grandeza, lucimiento y boato'. Evidentemente *ostentar* tiene desde hace tiempo para la gente el mismo significado de *detentar*, excluido el sema 'ilegítimamente', que se olvida con facilidad: de ahí la neutralización. Por lo que respecta a la suspensión de la oposición *hacer/realizar*, es poco o nada espontánea, y por ello mucho más común en la lengua escrita: se produce solo en situaciones en que los usuarios supervisan conscientemente sus comportamientos verbales. Algunos creen que *hacer* es demasiado corriente y recurren a *realizar*, como si se tratara de un sinónimo perfecto, siempre intercambiable y mucho más selecto.

En *partir* y *patético* ocurre lo contrario que en la serie anterior. En *partir* se actualiza un sema virtual, «con violencia», que es específico del verbo *romper*. En Cádiz⁵ se prefiere la utilización de *partir*, con sema virtual actualizado, a la de *romper*, que apenas se usa en los casos en que su elección parecería la adecuada. En *patético* también ha habido actualización de un sema virtual: «por ridículo». Sólo lo extremadamente ridículo, por muy tonto o por muy torpe, puede ser *patético*. Este adjetivo, antes tan selecto, se ha ganado el favor de los jóvenes, al menos el de los jóvenes españoles, que no desperdician ocasión de utilizarlo, por supuesto con este nuevo y mucho más específico valor, la mayoría no le conoce ningún otro.

Para cerrar este muestrario, voy a referirme a *vergonzante* y a *macabro*. *Vergonzante* se confunde con *vergonzoso* por razones obvias, dada la proximidad de la expresión y del contenido. La oposición establecida por los semas 'que tiene vergüenza' y 'que causa vergüenza' no funciona de modo generalizado. La neutralización es clara. Sobre *macabro* cabe hacer más de una observación, por la pluralidad de usos a que se presta. Indistintamente resulta *macabro* lo *trágico*, lo *luctuoso*, lo *siniestro* y lo *aberrante*. Y no vale decir que este ejemplo, al igual que algún otro de los que se han aducido, no refleja la realidad de la lengua por pertenecer al lenguaje periodístico. Hoy el lenguaje periodístico salta de los medios a la gente sin transición, se erige en modelo mayoritario y marca las pautas del idioma. El adjetivo *macabro*, que quizá empezó por desconcertar a los locutores de televisión, desconcierta ya a la mayoría de los hablantes. Parece neutralización: un caso sorprendente de «neutralización multidireccional».

⁵ Sin distinción de edad, y de acuerdo con mis datos, proporcionados por la observación directa a lo largo de los últimos veinticuatro años.

Multidireccional o simple, la neutralización léxica es un fenómeno lingüístico. Indudablemente sólo cuando arraiga, se consolida y perdura puede ser aceptado sin reservas. Los brotes que, aunque virulentos, se extinguen sin dejar huella, no tienen importancia. Pero aunque no la tengan, las palabras de vida efímera, mientras duran, forman parte del sistema y de la norma, aunque no de la norma ejemplar, no del diccionario normativo. Recordemos la observación de Coseriu 1981b, p. 127: «los diccionarios suelen ser registros, a veces tardíos de la norma». Tardíos pero ciertos, afortunadamente, diría yo. Porque registrar es reconocer, legitimar y consiguientemente impulsar la costumbre. Demasiadas costumbres y demasiados cambios de costumbre no contribuyen precisamente a que la lengua sirva bien a muchos durante mucho tiempo. Y como la lengua es producto de la naturaleza y de la cultura del hombre, puede, parcialmente, por lo que tiene de cultura, controlar sus leyes, explicitándolas, para que se cumpla su finalidad esencial, la comunicación. A no ser que, haciendo uso de nuestra voluntad y de nuestra libertad, decidamos ir contra su naturaleza comunicativa.

De todos los ejemplos que he seleccionado para poner de relieve que la neutralización léxica es una constante del sistema y de la norma, unos permanecerán y otros serán olvidados. No entrarán nunca en el diccionario ni en la lengua ejemplar. En la no ejemplar, en este preciso momento en que vivimos, están, desde luego.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alarcos Llorach, E. 1976 a: «La adquisición del lenguaje por el niño», en Martinet, A. (dir.), *Tratado del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 9-42.
- Corominas, J. y Pascual, J.A. 1981-1991: *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 6 vols.
- Coseriu, E. 1967: «Sistema, norma y habla», en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, pp. 11-113.
- 1977: *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos.
- 1978: *Gramática, semántica, universales*, Madrid, Gredos.
- 1981a: *Lecciones de lingüística general*, Madrid, Gredos.
- 1981 b: *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos.
- 1990: «Semántica estructural y semántica cognitiva», en *Profesor Francisco Marsá / Jornadas de Filología*, Barcelona, Universitat de Barcelona, Col·lecció Homenatges.

- Frenk Alatorre, M. 1965: «Sobre polisemia y homonimia infantiles», en *Litera hispaniae et lusitanae*, El Colegio de México.
- Gili Gaya, S. 1972: *Estudios de lenguaje infantil*, Barcelona, Bibliograf.
- Jakobson, R. 1974: *Lenguaje infantil y afasia*, Madrid, Ayuso.
- Larousse Planeta 1996: *Gran Diccionario de la lengua española*, Barcelona, Larousse Planeta.
- Lodares Marrodan, J. R. 1988: *El campo léxico mujer en español*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, Colección Tesis Doctorales.
- Marsá, F. 1984: *Cuestiones de sintaxis española*, Barcelona, Ariel.
- Moliner, M. 1973: *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.
- RAE 1726-1739: *Diccionario de Autoridades*, Edición facsímil, Madrid, Gredos.
- DRAE 1970: *Diccionario de la lengua española*, décima novena edición, Madrid, Espasa-Calpe.
- 1984: *Diccionario de la lengua española*, vigésima edición, Madrid, Espasa-Calpe.
- 1992: *Diccionario de la lengua española*, vigésimo primera edición, Madrid, Espasa-Calpe, 2 vols.
- 2001: *Diccionario de la lengua española*, vigésimo segunda edición, Madrid, Espasa-Calpe, 2 vols.
- Salvador, G. 1985: *Semántica y lexicología del español*, Madrid, Paraninfo.
- Salvador Rosa, A. 1993: *El campo semántico 'grueso / delgado' en español*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, Colección Tesis Doctorales.
- Saussure, F. de 1916: *Curso de lingüística general*, trad. esp., Madrid, Akal (1980).

